

REBELIÓN EN LA ALCOBA

Rodrigo Chávez Terrones

Siempre me irritó la memoria eidética de mis juguetes. Cada vez que yo salía de mi cuarto, ellos tenían el descaro de ponerse de pie, vivir en su comunidad de polietileno y luego, cuando oían mis pasos acercarse, volver al lugar exacto en el cual los había dejado tras haber jugado con ellos; obligándome a cumplir con la tediosa labor de guardarlos en su respectivo lugar.

A pesar de aquella irreverente actitud, no dejé nunca de jugar con ellos; ni tampoco dejé de tener fe en la llegada de aquel glorioso día en el que decidieran caminar hacia sus estantes y guardarse, salvándome de la tarea más inconcebiblemente desagradable sobre la faz de la tierra. Sin embargo, mi fe jamás fue recompensada. Siempre que volvía a mi cuarto, se las arreglaban para quedarse en la precisa posición en la que los había dejado: Batman, victorioso, tras haber lanzado al Guasón de la cima de la catedral de Ciudad Gótica; mis cuatro Michael Jordans jugando con Bugs Bunny, Melvin y Lucas para derrotar a los dinosaurios de la familia Sinclair (nunca pude conseguir los rivales intergalácticos originales) y mi Tiranosaurio Rex devorándose, sin piedad, al Estegosaurio que poco podía hacer para evitar su muerte. Todos y cada uno de ellos se encontraban exactamente donde los había dejado: en el suelo.

Mis juguetes se rebelaban ante mi autoridad. Disfrutaban viéndome sufrir cada vez que perdía glorioso tiempo devolviéndolos a su lugar original; yo, esclavo de su magia, caía en la tentación de darles una vida y una historia para que ellos nunca me lo agradezcan.

El tiempo pasó y con él mi indulgencia ante semejante conducta tirana. Poco a poco me hice más resistente y los usaba menos, o usaba pocos para aminorar la carga al momento de guardarlos. Otros días, ni siquiera jugaba con ellos, culpa de la organización que obliga a deformarse la espalda con peso sobrehumano de quehacer hogareño. Conforme avanzaban los meses comencé a imponer mi autoridad sobre los dictadores de plástico. Ellos no parecían quejarse, yo me iba y ellos vivían su vida, regresaba y los encontraba en el preciso lugar don-

de los había dejado: en sus estantes. Pero, sin importar cuanto tiempo pasara ni cuanta tarea tuviera, siempre llegaba el día en el que sucumbía ante los ojos melancólicos de mis amigos inertes. El Halcón Milenario imploraba por recorrer la galaxia junto a mi X-Wing, con ellos, la Flota Imperial entera despertaba para atacarlos; sin embargo, pronto llegaban los Jedi y entablaban combate épico en los suelos de Yavin IV mientras Luke Skywalker y Han Solo destruían Tie Fighters. Muchos caen, la X-Wing es derribada, pero Luke escapa a tiempo para sacar su sable láser y enfrentarse a Darth Vader, quien acababa de matar a Obi Wan. Entre el furor de los disparos láser, el Jedi y el Sith luchan por la victoria final en esta guerra atroz. Finalmente, Luke logra vencer a su padre y Han Solo, con un bombardeo eficaz, liquida a los remanentes imperiales. La rebelión había triunfado, los Jedi restablecían el orden en la galaxia y el Estegosaurio seguía sin poder salvarse del T-Rex.

Luego de tamaña orgía espacial llegaba la resaca. Uno a uno los soldaditos entraban a sus cajas, las espadas a una bolsita especial para que no se pierdan, las naves a los estantes y los héroes y villanos a los cajones. Todos ellos guardados por mí, siempre indulgente a su capricho. La situación era insostenible, por más que intentaba alejarme de ellos, recaía en colosales sesiones de juego, salvajes y lascivas. Las tareas no eran suficientes para alejarme por completo y mi voluntad se quebraba luego de un tiempo. Entonces, cuando creía que sería su eterno esclavo, llegó el libertador.

Una caja lustrosa y ominosa me fue entregada por mi satisfactorio rendimiento en la organización tortura-infantes. Tras conectar lo que debía ser conectado, presioné un botoncillo y mi vida cambió. Todo lo que alguna vez hubiera imaginado en mis sesiones de juego se

encontraba frente a mis ojos, encarcelado en mi televisión y con un realismo insuperable. El sonido de las naves y la banda sonora, que antaño tarareaba, acompañaba mis peripecias intergalácticas con sonido envolvente y ajeno a mis labios. Los Stormtroopers tenían voz propia y se movían por cientos cuando antes solo se movían de uno en uno. Los sables de luz y los combatientes podían moverse con una flexibilidad arrolladora y los ataques eran más complejos de los que alguna vez hubieran ejecutado las figuritas de acción, ellas solo movían sus brazos de arriba para abajo. Ahora, Batman podía liquidar al Guasón desde la cima de cualquier edificio de Ciudad Gótica, Michael Jordan podía jugar contra jugadores de su altura, no caricaturas de la Warner, y el Estegosaurio estaba aliviado de ya no ser devorado por el T-Rex. Aquel aparato me había liberado del yugo de mis juguetes. Podía vivir las mismas aventuras con él, repotenciadas a niveles inalcanzables, y no tener que guardar nada, solo apretar un botón.

Largo tiempo duró esta bonanza. Periódicamente recibía cajas con discos que permitían perpetuar la victoria sobre los dictadores de plástico y celebrar la independencia. Año tras año las aventuras se multiplicaban y la excelencia de los gráficos me deslumbraba, el mundo de píxeles había evolucionado en algo tan nítido y precioso que superaba, en todo aspecto, al aburrido mundo real, que no se dignaba a verse en calidad HD. Sin embargo, conforme pasaban los años, aquel libertador dejaba de satisfacerme y comenzaba a convertirse en un esclavista. Exigía que compre sus nuevas versiones, con ellas la necesidad de más cables, más aplicaciones, más espacio en la memoria. Poco a poco, él y su prole se pusieron tan quisquillosos como sus predecesores, hasta que jugar con ellos se convirtió, también, en un ejercicio tedioso y poco llevadero.

Decidí rebelarme ante la nueva dictadura, mi victoria fue facilitada por las presiones de una nueva organización, esta se vanagloriaba de formar adultos competentes, y por la aparición recurrente de criaturas llamativas y absolutamente deseables. Si bien no estaban en HD (para este entonces me había resignado al hecho de que esto jamás ocurriría), tenían otras virtudes en lo absoluto despreciables. Ofrecían calidez, una imagen nítida y palpable (esto era novedoso) junto con la posibilidad de generar en ellas interesantes soniditos que eran capaces de redirigir el torrente sanguíneo de uno. Estas y otras características habían convertido a las nuevas libertadoras en criaturas muy agradables con las cuales jugar.

Las sesiones de juego con las libertadoras eran un ritual agradable, pero, por respeto a los vencidos, nunca las realicé frente a ellos; no hasta el día en que una decidió restregar su victoria en aquellos rostros plásticos con una ceremonia que, a mi parecer, era más un ritual de conquista que una celebración de independencia, debido a que involucraba clavar mi bandera en el territorio poseído. Por disonante que fuera esta celebración, accedí sin chistar. Superé todo logro jamás conseguido por libertadores previos, sonido envolvente, imágenes sin censura y posibilidad de manipulación in situ; mi libertadora era la conjugación sublime de su antecesor y del primer dictador. En plena vorágine frenética escuché uno de aquellos interesantes soniditos que tanto disfrutaba, pero con un cambio dramático, unas notas de terror acompañaban el gemido. Preocupado, me detuve y observé su rostro, estaba absorto y pálido. Luego de pensar que mi desempeño en el ritual era paupérrimo, pegué un salto aterrado —y bastante aliviado, lo admito— tras notar que ella miraba mis juguetes, formados en fila y con los ojos chispeantes.

Aquella celebración había sido un insulto, restregar con tamaño descaro la victoria sobre la dictadura vencida fue intolerable, así que se levantaron en armas. Se abalanzaron furibundos contra la aterrada libertadora, una guarnición me inmovilizó y ella fue envuelta con el cubrecama y expulsada de la habitación. Tras cerrar la puerta procedieron a un asedio colosal. Batman se balanceaba por entre mis extremidades lanzando golpes certeros y el Guasón me cacheteaba frenéticamente. El Halcón Milenario bombardeaba mi torso mientras la X-Wing me cegaba con misiles de protones. Los Stormtroopers